
PANEGÍRICO
DE SAN GIL, ABAD.

*In simplicitate cordis querite Dominum,
quoniam inveniuntur ab his qui non tentant
illum.*

Buscad al Señor con sencillez de cora-
zon, porque los que no le tentan con sus
desconfianzas, esos le hallan.

(SAB. I. 4.)

El Señor no se dá á conocer al hombre, mientras éste, levantándose contra el Criador, le aleja de sí con sus pensamientos perversos ó altaneros. Esta verdad está con frecuencia repetida é inculcada en las sagradas Escrituras. El Señor odia con todo su corazon, digámoslo así, á los soberbios, los oprime, los rodea de oscuridad, los abandona, los confunde en su misma pequeñez; les niega su misericordia, los juzga con ley severa, y los entrega á tormentos fuertes, porque se consideran poderosos. Dá miedo, causa espanto leer las sagradas páginas, cuando hablan del hombre que presume igualarse á Dios, arrancarle sus secretos, sacudir su yugo, y no regirse más que por su independencia, razon y su corazon soberbio. Dios, rodeándole de torbellinos que le roban la luz, y le hacen mover sobre un polvo inconstante, precipitale confundido en los abismos á donde le arrastra el viento de sus insensatas aspiraciones. Allí, ¡infeliz! allí se queda á oscuras, solo, lastimado, herido, sin saber por dónde ha bajado, ni por dónde podrá salir. Desde allí, ó reconoce el poder de Dios y su soberana grandeza, ó no se levanta nunca. Al lado de este horrible cuadro voy á presentaros otro que encanta el alma, y que debe animaros á desear verle en nosotros mismos realizado. Toda la felicidad del hombre consiste en encontrar á Dios; pero ocupando el Señor un trono inaccesible á nuestras miradas por estar rodeado de nubes ó de nioblas, ¿cómo y dónde se le podrá encontrar? «Si voy hácia el oriente, dice Job, no le veo allí; si hácia el poniente, tampoco

le encuentro; si miro á la izquierda, haya lo que haya, no le hallo; y si miro á la derecha, tampoco puedo verle. ¿Quién, pues, me concederá el que pueda hallarle (1)?» ¿Qué es esto? ¿Se ha puesto en contradiccion el Espíritu Santo consigo mismo? No, hermanos míos, nó. Lo que hay es, que mientras el hombre quiere buscar á Dios, presumiendo mucho de sí mismo, no puede encontrarle, que es el sentido en que habla el paciente de Idumea; pero buscando á Dios con sencillez y humildad de corazon, así puede ser hallado, como lo dice el Espíritu Santo en las palabras citadas.

Ahora sabreis el secreto de muchas cosas que os habrán parecido hasta el presente extrañas. Cuando hayais visto á los llamados sábios y poderosos hechos el juguete de sus propios juicios, y á los simples, á los pequeños y sencillos llegar á poseer tanta claridad, os habreis admirado, considerándolo como un contrasentido ó una paradoja. Pues no es una cosa ni otra. Es la natural consecuencia que se desprende de la idea legítima de lo que es Dios, y de la idea legítima de lo que es el hombre, San Gil es el que vá á demostrarnos todo lo que hay de exacto y de cierto en los principios que dejo consignados; pues conservando la sencillez de corazon logró encontrar á Dios, que se esconde de los soberbios. Os lo haré ver despues de haber implorado los auxilios de la gracia: A. M.

Se hace mofa de la simplicidad del justo, porque la sabiduria del mundo consiste en ocultar las maquinaciones del corazon, en usar de dobléz en las palabras, en hacer creer lo falso por verdadero y lo verdadero por falso. Ésta es la prudencia del mundo: encubrir los verdaderos afectos del corazon con los falsos velos de la hipocresía y de las más torpes maquinaciones; desfigurar con expresiones estudiadas el genuino sentido de las cosas; manifestar como verdades los errores más torpes, y hacer pasar como errores las verdades más demostradas. Ésta es la sabiduria que la juventud aprende con el oro; ésta la que á precio de oro se enseña á la infancia incauta y sencilla. Los que la saben, desprecian á sus semejantes con orgullo y altivez; los que la ignoran son mirados como tímidos en demasia y como esclavos viles y despreciables; porque en el lenguaje del mundo, la duplicidad es un efecto del ingenio, y los más perversos designios canonizanse con el nombre de urbanidad. Ella aconseja á sus secuaces, de enaltecerse hasta la cumbre de los honores, sean los que fueren los medios por donde puedan llegar á conseguirlo; asi-

(1) Job 23, v. 8.

rar á la gloria del triunfo por cualquiera vía que á ella conduzca, si quiera sea necesario gozarse en la ruina de mil víctimas; devolver con creces los males que se les irrogaren, vengar las injurias recibidas, y lavar sus manos en la sangre del ofensor; si se cuenta con la fuerza suficiente, resistir á la fuerza y no ceder el campo; si falta el valor, suplir con la simulacion lo que no es posible lograr con la malicia. Contra esta ciencia vino á luchar el héroe de Atenas. Nace Gil á la luz de este mundo, y no bien abre sus ojos cuando ya se mira rodeado de cuantos objetos pueden alucinar el entendimiento y seducir el corazón. Riquezas, nobleza, títulos fastuosos, todo á su alrededor conspira á lisonjear prodigiosamente el orgullo, la sensualidad, y esa propension tan entrañada en el hombre de dominar á sus semejantes. Nada empero será capaz de corromper su alma; la ciencia de Dios hácele penetrar á fondo el carácter del mundo y sus insensatas teorías. En vano éste, poniéndole ante sus ojos la sangre real que circula por sus venas, esperanzas las más halagüeñas, un porvenir el más brillante, intenta infundir en su tierno pecho las lecciones del orgullo, las máximas de la dominacion, la sabiduría del honor y la gloria temporal. ¡Ciencia funesta! tú no hallarás eco ni simpatías en el corazón de Gil.

Con efecto; sus padres, Teodoro y Pelagia, le dedicaron en su niñez á la práctica de la virtud; educó siempre á Dios con sencillez de corazón. Léjos de hallar recreo en los juegos y pasatiempos pueriles, en aquella soberbia y altanería insufrible con que los hijos de los grandes, amparados del imprudente cariño de los padres, suelen por lo comun tratar á los demás, Gil hallaba todas sus delicias en la casa de Dios, en la asistencia á los divinos oficios y al santo sacrificio de la misa, y en las obras de misericordia con los pobres y necesitados. Cierto día, que al ir á la iglesia halló á un pobre enfermado en el suelo, le dió su túnica, y el Señor hizo que el enfermo recobrase inmediatamente la salud. Éste y otros milagros que Gil obró en su juventud le hicieron célebre en el mundo. Sus padres, al morir, dejáronle sus dignidades, sus haciendas, y todos los honores de su casa; empero él vendió al punto sus posesiones, y repartió su valor á los pobres para seguir á Jesucristo. El hombre que no atiende sino á las necesidades y los placeres del cuerpo, que no busca sino los engañosos y efímeros deleites de este mundo, que pone toda su esperanza en el dinero y los tesoros, no percibe ni quiere entender esa doctrina tan sublime de Jesucristo, y esa conducta tan heroica y admirable de sus discípulos. Yo os bendigo, Dios mío, porque habeis escondido vuestros arcanos á los sábios y prudentes,

al paso que los revelais con tanta claridad á los sencillos y paqueñuelos. Gil lo dejó todo por seguros, y recibió en recompensa aquella luz que suele negarse á los sábios, ó esa ciencia de corazón, esa ciencia de sentimiento, esa ciencia de experiencia, que tantas ventajas lleva á las especulaciones sublimes, y en cuya comparacion nada son el oro y la plata.

La fama de su vida ejemplar y de sus milagros le hicieron más célebre en su patria, que cuanto pudieran haberle hecho sus títulos, sus honores y riquezas; pero como solo deseaba vivir para con su Dios, ser despreciado del mundo, ser tenido por vil y despreciable para merecer las eternas recompensas, huyó de su patria. Francia recibió en su territorio á este ilustre ateniense; el palacio episcopal de Arlés le vió entrar por sus puertas, y su célebre obispo S. Cesáreo le admitió en su compañía, y le honró con aquella amistad y aquellos obsequios con que solamente saben honrarse los santos. Un espíritu encendido en la llama del amor divino que abrasaba á estas dos almas escogidas, podría ponderar debidamente aquellos coloquios, aquella oracion, aquel religioso método de vida, que por espacio de dos años tuvieron estos dos huéspedes y peregrinos en la tierra, pero cuyo corazón estaba de asiento en el Cielo. Cesáreo acabó de instruir al humilde y sencillo Gil en las máximas de la perfeccion, sirviéndose mutuamente de estímulo y de modelo. Las acciones de los santos, por extrañas y raras que parezcan, no hemos de censurarlas, si no queremos que nos confunda aquel Señor que las dirige. ¿Cuántos ejemplos encontramos en las vidas de los santos de acciones al parecer extrañas, y que, sin embargo, no podemos dudar que fueron del agrado de Dios? Tal es el hecho que nos presenta la historia de la vida de Gil.

Abandona el palacio episcopal, deja la compañía de un varon eminente en ciencia y virtud, una casa donde sin peligros podía practicar todas las virtudes, ser útil á la religion y á sí mismo; y sin comunicar á nadie su pensamiento, corre á ocultarse en una cueva, donde vive desconocido de todos los hombres. ¡Qué demencia! ¡qué fatuidad! gritarán los que siguen la prudencia de la carne. ¿Por qué huye ese hombre? ¿No se puede servir á Dios en todas partes? ¿No podía muy bien santificarse Gil en la casa de un obispo santo? Pero ¿quiénes somos nosotros para dar consejos al Señor, y para investigar sus caminos? Él es admirable en sus santos; y si inspiró á Gil esta resolucion, ¿qué nos toca á nosotros sino adorar en silencio la incomprendibilidad de sus juicios? El milagro de una cierva dirigida por la mano del Omnipotente á la gruta del santo solitario para

alimentarle diariamente con su leche, nos revela, que nuestro héroe al retirarse no hizo más que secundar las miras que sobre él tenía la adorable Providencia. Con este parco alimento, diría más bien, con el pábulo de la meditación y contemplación divina, pasó muchos años en aquel escarpado retiro, delicioso solo para las almas que gustan oír la voz de su Dios lejos del estrépito y los peligros del mundo, hasta que el Señor dirigió hácia aquella cueva al mismo rey de Francia.

Un hombre en traje de ermitaño, venerable por su edad y por la virtud y penitencia retratadas en su semblante, causó al monarca más admiración y sorpresa que toda la magnificencia de su corte. Mira á Gil como un santo, se postra á sus piés, le ofrece sus respetos y servicios. ¡Gran Dios! ¡cuán cierto es, que nunca dejais en olvido al justo, y que dáis á vuestros siervos la merced de sus trabajos y los hacéis aparecer en un camino admirable! El rey quiere hacer pública la santidad de Gil, y se empeña en honrarle con riquezas y regalos; pero él, que todo lo había renunciado por seguir más libremente á Jesucristo, nada quiere para sí, y aconseja al rey que emplee su generosidad en edificar un monasterio. El monarca condesciende; y bien pronto se levanta allí un monasterio, del cual es abad Gil. Amadores del mundo, venid á presenciar la gloria de nuestro héroe. Mirad cual corren en tropel los pecadores á buscar su salud eterna bajo la dirección de tan santo prelado. Entrad en el nuevo monasterio, y vereis á este santo hombre, sin ruido, sin ostentación, sin aparato de elocuencia humana, con sola su sencillez y virtud difundir sus luces y comunicar sus virtudes á todos los solitarios que viven bajo su obediencia. Vereis la paz, el silencio, la oración, la frecuencia de sacramentos; cómo el pecador se arrepiente, el justo se inflama, el que es tentado pelea y resiste á la tentación. Vereis á una multitud de enfermos asistidos por Gil con su ayuda y sus consuelos, innumerables pobres alimentados y socorridos con sus limosnas, no pocas jóvenes puestas á salvo del peligro de pervertirse, y desposadas en honestos matrimonios por los medios y recursos de su ingeniosa caridad. Vereis que los pueblos buscan á Gil para recibir sus consejos, los enfermos para ser curados de sus dolencias, y todos para escuchar su doctrina. Nuestro Santo no había aprendido á disertar; pero el Señor, que hace elocuentes las lenguas de los párvulos ó humildes, le reveló y enseñó los misterios ó caminos de su salvación, que no todos comprenden, aunque se llamen sábios ó filósofos. No quiero decir con esto, que los sábios encuentren en la sabiduría un obstáculo para al-

cauzar su salvación; en la Iglesia se cuentan innumerables sábios que han sido santos; pero estos sábios ó grandes que se han salvado, fué porque en presencia de Dios se reconocieron pequeños ó ignorantes, olvidaron su ciencia, renunciaron á sus ideas, y se pusieron delante del Señor, aniquilándose ante su majestad augusta, adorándole con temblor, contemplándole, admirándole y amándole. Para esto, creedme, no es necesario ni génio sublime, ni asiduos trabajos, ni curiosas investigaciones, ni pensamientos sutiles: basta una fé viva y un corazón sencillo y recto como el de Gil.

No pueden reducirse á número los milagros que, antes y después de haber muerto nuestro héroe, ha obrado Dios por su intercesión: milagros con que el Señor glorifica á los que le buscan con sencillez de corazón. De esta suerte se verifica, que mientras el mundo reputaba por fatuidad ó locura la vida de los justos, y destituidas de honor sus acciones, ellos han ascendido á la alta dignidad de ser reputados como hijos predilectos de Dios, y contados en el glorioso número de los santos. La muerte, que es preciosa en los justos, halló á Gil sin sorprenderle, y la recibió cargado de años y de méritos, con aquella tranquilidad propia de un varón sencillo y temeroso de Dios. Consiguió la vida eterna con el desprecio del mundo, con el retiro, el silencio, la mortificación; con la práctica de las virtudes; y con su ejemplo nos enseña, que si nosotros queremos ser santos, ni necesitamos más, ni tampoco tenemos otro camino. Sigamos, pues, sus pasos, imitemos sus ejemplos.

La huida del mundo: este es el primer pensamiento que Dios inspira á los que escoge para ser brillantes ornamentos de la Iglesia santa. Renuncia del mundo, es esencial al cristiano, y sin ella imposible su salvación. Divorcio con el mundo, éste es el que coloca á los hijos de Dios en la clase de sus adoradores. Pero, hermanos míos, hay que entender bien la ley santa del Señor, y no confundirse. Aunque es cierto, que la separación del mundo es el medio más á propósito para la santificación del hombre, sin embargo, conviene que sepais, que en medio del mismo mundo hay una soledad, que consiste en vivir abstraído de sus pompas y vanidades, ocupados en la contemplación de las verdades eternas, y en los ejercicios de la piedad, conforme al estado en que nos haya colocado la divina Providencia, y en alabar y bendecir á nuestro Dios, cumpliendo con los preceptos de su ley. Esta es la soledad que Judith escogió en Betulia para hacerse digna de ser libertadora de su pueblo; la que tuvieron las Mónicas y las Ritas, casadas; las Lucias, Casildas y Eulalias, doncellas; los Sebastiános, Mauricios y Emetorios, militares; los Casti-

miros, Luises y Fernandos, reyes poderosos y guerreros valientes; los pobres y mendigos Sérvulos, Alejos, Roques y otros muchos, que vivieron en medio del mundo llenos de virtudes. A esto es á lo que os estimula el glorioso S. Gil, con la fidelidad que observó en sus primeros años, en que siguió sumiso y respetuoso las inspiraciones del Dios, que le llevó por la mano en los caminos de sus justificaciones, y le favoreció con el santo propósito de hacer en todo su santísima voluntad. ¡Oh, si yo tuviera la dicha de que á imitación de este glorioso Santo, mirárais al mundo como se merece, y huýerais de sus atractivos engañosos para no perecer entre ellos! Venead el primer enemigo de vuestras almas como lo venció Gil dirigido por Dios; amad el retiro y la soledad interior en que se forman los hijos de la gracia, y no dudeis de que el Señor se complacerá en derramar sus dones sobre vosotros, para que, siguiendo á este Santo en sus primeros pasos, os hagais dignos de imitarle en sus virtudes.

Cuando la Iglesia nos propone los ejemplos de los santos, es para que cada uno, conforme á su estado, se esfuerce en practicar las virtudes que á ellos les introdujeron en el Cielo. En vano oiriais con placer las glorias de Gil, si no procuráseis formar vuestro corazón con arreglo á su conducta. No se exige de vosotros que, abandonando vuestras casas y posesiones, paseis la vida en la oscuridad de una cueva; solo se os pide que, abstraídos de las vanidades del mundo, busqueis á Dios con un corazón sencillo. ¡Oh! y qué completa sería nuestra dicha si unidos todos al glorioso S. Gil, pudiéramos decirle: todos queremos imitaros, queremos despreciar las vanidades del mundo, queremos buscar á Dios con sencillez de corazón; en este caso, yo no soy capáz de enumerar los bienes que del dador de todo bien descenderían á nuestras almas; solo sé deciros, que vuestras virtudes serían recompensadas sobre todos nuestros pensamientos y alcances, puesto que el mismo Dios sería nuestro premio, nuestra recompensa y nuestra gloria. Puedo aseguraros que siguiendo los ejemplos de Gil, nos conduciríamos como buenos cristianos, y nos dejaríamos llevar por la corriente de la ciencia de la salvación, que Dios enseña á los que le buscan con un corazón sencillo. ¡Quién no tendrá á dicha el ser fiel discípulo é imitador de tan gran Santo! Tal es la excelencia de la virtud, que hasta los viciosos la desean, alaban y en gran lecen. Ella es tan apetecible, tan dulce, tan bella, tan agradable y tan deliciosa, que no hay quien no la preconice y elogie, aunque hay muchos que la deshonran, conculcan y vilipendian con sus obras. Todos quisieran ser virtuosos, pero sin dejar sus vicios, sin romper con el mundo, con sus pompas y vanidades; sin declarar

la guerra á las pasiones, y sin el cumplimiento de la ley santa del Señor. Éste es un insulto á la divinidad. Resolvamos pues imitar á S. Gil, sea siempre para nosotros este Santo glorioso el Rafael divino, que nos conduzca por entre las escabrosidades de este mundo peligroso hasta la prosperidad á que podemos llegar en esta vida, para que alabando en ella á nuestro Dios con un corazón recto y sencillo, nos hagamos dignos de las recompensas eternas que Dios ha prometido á los que, imitando á S. Gil, serán conducidos como él á los tabernáculos eternos de la gloria.

Santo glorioso, aceptad benigno los armoniosos himnos de alabanza y préz que vuestros devotos hacen resonar hoy bajo estas sagradas bóvedas. Recibid las muestras de gratitud que os ofrecen por los inestimables beneficios que les habeis dispensado. Y pues tan sabiamente supisteis confundir la sabiduría y reprobador la prudencia de este mundo engañoso é infiel, haced que nosotros sepamos imitaros, que como vos busquemos siempre á Dios con un corazón sencillo, para que merezcamos un día ser recompensados en la feliz eternidad de la gloria.

PANEGÍRICO
DE SAN GREGORIO MAGNO.

Hic magnus vocabitur.
Este será llamado grande.

(MATH. V, 19.)

Señores: ¿á quién no parecerá atrevimiento inexcusable, que sin elocuencia ni suficiente instrucción ose yo hablar de la santidad y sabiduría de uno de los mas grandes pontífices que han ocupado la silla de S. Pedro? Hablo de san Gregorio el Magno, de este varon incomparable, de este monje austero y penitente, de este doctor y firme columna de la Iglesia de Dios, cuyas virtudes, sabiduría y acciones heroicas son un piélago insondable. Conozco, señores, que para elogiar á este nuevo Basilio era necesario un Nazianceno, y que solo la elocuencia de un S. Ambrosio sería capaz de celebrar dignamente las acciones heroicas de este nuevo Teodosio.

Pero vosotros, que me habeis impelido, sabreis con benignidad disimular mis defectos; y Dios, que ha prometido virtud, eficacia y energia á los que evangelizan su doctrina, se dignará purificar mis lábios como los de Isaias, para que no profane su divino Testamento. Confiado pues, únicamente, en su auxilio, ensayaré el elogio de este su siervo fiel y prudente, á quien constituyó sobre su familia en la tierra, para que la proveyese del alimento necesario. A este fin le colocó sobre el candelero de su Iglesia, para que iluminase á todos los de su santa Casa; le colocó, repito, como una antorcha resplandeciente y ardiente; ardiente por el fuego de su caridad, resplandeciente por el resplandor de sus virtudes y doctrina. Hé ahí el plan de su elogio y su verdadero carácter. Una breve ojeada sobre su vida ejemplar y laboriosa basta para acreditar, que fué un nuevo taumaturgo, ó trismegisto, es decir, tres veces grande; gran santo, gran pontífice, gran sábio. Tres breves reflexiones que dividen la materia, objeto de vuestra atención y de mis débiles conatos. Ayudadme todos á pedir las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de su augusta Esposa: A. M.

Quando el Todopoderoso ha querido de tiempo en tiempo enviar al mundo algunos de estos célebres héroes, que sirvan de antorcha á los mortales, que con sus luces disipen los errores y acrediten con sus obras la sana moral del Eyangelio, les ha preparado de antemano, por sendas, á veces desconocidas y opuestas al parecer á sus inefables designios, para confusion de los sábios y prudentes, segun la carne. Ambrosio y Agustino, entre muchos, nos presentan un ilustre testimonio de esta verdad. ¿Quién diría, que el maravilloso ingenio de Ambrosio, aquella elocuencia y arte con que se manejaba en el foro, era destinado por Dios para que con sus oraciones ilustrara á todo el Occidente en las sendas de la virtud? ¿Quién al oírle hablar en el senado diría, que su voz estaba por el Señor destinada para hacerla resonar delante de los altares, con admiracion del mundo y edificacion de la Iglesia? ¿Quién diría, que el talento gigante de Agustino y aquella su admirable dialéctica, empleada de ordinario en combatir las verdades de la religion, serviria con el tiempo á la ruina del maniqueismo y de los pelagianos, y á la más vigorosa defensa del catolicismo? Sucede esto á veces, porque Dios, con su infinita sabiduría, permite, que hagan los primeros ensayos en el siglo los que destina á que despues manifiesten admirables progresos en el órbe espiritual. Bajo este plan parece ordenó Dios la vida de san Gregorio el Magno. Destinábale el Señor para que fuese una resplandeciente antorcha, cuya luz se extendiera á los confines del mundo, y que en lo sucesivo sirviéra de ejemplar á los grandes, á los potentados y á los sumos Pontífices. Aunque hijo de padres senadores y poderosos, quiso el Señor manifestar á los nobles, ricos y potestades sublimes, que podian abandonarse con fruto los palacios suntuosos, para ir á sepultarse en las pobres mansiones de un monasterio; y que podian desecharse los vestidos de oro y plata, para vestirse con más honor de una túnica tosca y despreciable; que podia despreciarse la multitud de criados y sirvientes, para ir á ejercer los oficios más bajos de una comunidad religiosa; que no era, en fin, degradar la dignidad de senador la renuncia de las pompas y vanidad del mundo.

Desde su primera edad dió muestras nada equivocadas de que le destinaba Dios para cosas grandes. Su carácter afable, su admirable ingenio, su pronta y tenaz memoria, su entendimiento profundo y viveza incomparable, todo pronosticaba estar elegido por Dios para sus altos fines. Nadie, en efecto, puede gloriarse de haber hecho en muchos años los grandes progresos que Gregorio hizo en corto tiempo. ¡Qué velocidad! ¡Qué rapidez en la inteligencia de la Escritura santa, en la de los concilios y en el espíritu de la religion! Pero no es

esto lo más, sino que á la viveza y ardor de la juventud, unia la prudencia y madurez de un anciano. Estas bellas cualidades movieron á los cónsules y senadores á elevarle á pretor de Roma. En esta honorífica dignidad no tuvo otro objeto que la justicia, otra mira que el desinterés, ni otro respeto que el bien público. Por manera, que podía decirse con verdad, que era una víctima pronta á sacrificarse á cada instante por la felicidad de la república. Haz ¡oh Gregorio! haz tus primeros ensayos en la Roma civil, para hacer despues los mayores progresos en la Roma espiritual. Imita ahora á los Camilos, Escipiones y Fabricios, para imitar despues á los Pedros, Clementes, y aún al mismo Jesucristo.

No fueron la justicia y la vigilancia las únicas virtudes que se admiraban en Gregorio. Era singular su liberalidad y misericordia. En sus manos hallaban los pobres el alivio de sus necesidades y asilo de sus miserias; pues á imitación de otro Job, era ojo para el ciego, leagua para el mudo, piés para el cojo y hospicio para el peregrino. En esta época fundó á sus expensas seis monasterios en Sicilia, y aún al palacio que habitaba en Roma dió el mismo destino. ¡Qué adorable es, oh Dios mio, tu providencia! Gregorio empieza á mirar con tedio todas las cosas del mundo. Conoce que para llegar al cúmulo de la perfeccion es más á propósito obedecer que mandar. Animado de este pensamiento, desuadándose de las pompas, grandezas y gloria mundana, de la dignidad senatoria, de la de pretor, y renunciando á todo lo que no era virtud, entra Gregorio en el monasterio á ser modelo y ejemplar de los monjes.

Aquí, señores, desearia yo tener la elocuencia del Nazianceno, para exponer las heroicas acciones y virtudes de Gregorio el Magno; su humildad, digo, su modestia, su obediencia, su castidad, su austeridad y espíritu de penitencia. Baste con decir, que sus vigiliias igualaron á las de Paulo, primer eremita; sus oraciones á las del grande Antonio; sus penitencias á las de S. Hilarion; y que fué tan absteminante como S. Simon Estilita, tan humilde como el gran Basilio, y tan obediente como el mismo S. Plácido. La conducta, en fin, de Gregorio presentaba á primera vista la perfeccion de los más santos monjes de Oriente y Occidente. Sus iguales le veneraban como ejemplar, los ancianos admiraban su virtud, y el abad se avergonzaba de mandarle como superior.

Su mérito le elevó bien pronto á la dignidad honorífica de abad del monasterio. Aquí manifestó su gran talento, su prudencia y discrecion para el gobierno, pero sin omitir el ejercicio de sus vigiliias, ayunos y disciplinas; de ahí le provino aquella aguda y peligrosa

enfermedad de estómago, que le ponía á los umbrales de la muerte, y que le impedía ayunar ni aún el viernes santo. Su director le prohibía que fuese tan absteminante, mandándole sobreseer á tantas penitencias, porque llegó á sospechar que Dios no había criado á Gregorio para sí solo, sino para bien de su Iglesia. Bien pronto se confirmó esta sospecha. Pelagio II muere, y al punto el Senado, el clero y el pueblo romano le eligen de acuerdo por obispo de Roma y sumo Pontífice. En vano resiste Gregorio; en vano se sale de la capital del mundo cristiano, escondido entre los sacos de unos mercaderes, para huir de tan alta dignidad, sepultándose en los montes y en las grutas. El Todopoderoso, que no había producido esta antorcha luminosa para que estuviese escondida, sino para iluminar á todos los de su santa casa, dispuso que le halláran bien pronto los ciudadanos de Roma, que con increíble ansiedad le buscaban.

Hé aquí, señores, á Gregorio conducido á la capital por fuerza, y adornado con la investidura pontificia. ¡Oh pensión comun de las almas grandes! Por más que desprecieis los cargos y desecheis las honras y dignidades, ellas os buscarán. Las mitras os sacarán de lo más escondido de los monasterios; si os meteis bajo los montes, allá penetrarán las dignidades, los báculos y las tiaras. Así, por más que Gregorio se oculte, Dios, que le ha hecho gran santo en el mundo, vá á manifestarle gran pontífice sobre su Iglesia. Ya, en efecto, había dado Gregorio muestras nada equívocas, de que era enviado por Dios como otro Moisés para libertar á su pueblo escogido. Había impedido en Roma la peste más cruel y más violenta que hasta allí se había experimentado. En las calles y plazas de esta capital del mundo solo se veían montones de cuerpos muertos, espectáculo horroroso á la vista, y que hacia desmayar la imaginacion. Los ciudadanos aparecian lánguidos y exánimes, esperando á cada momento ser victimas de tan terrible azote. Gregorio recurre á la oracion, y tomando el incensario, á imitación de Aaron, se pone de medianero entre Dios y los hombres para libertar á su pueblo. Mandóles juntar en procesion; y despues de haber conmovido los ánimos de toda la multitud con un enérgico y elocuente discurso, que les arrancó lágrimas de corazon, contritos y humillados en la oracion, lograron desarmar la ira del Señor, y cesó enteramente el contagio.

Conocida por Gregorio la voluntad de Dios, se aplicó con suma solícitud á conducir el rebaño de la Iglesia universal, que el supremo de los pastores le había encomendado. ¿Qué celo igual al de un hombre, que pasaba el dia en el trabajo y la noche sin reposo; que bastaba por sí solo á catequizar al rudo, á dirigir al perfecto, al ali-

vio del pobre, al consuelo del enfermo? Hecho todo para todos, extiende al punto por do quiera el fuego que le devora del amor á Dios y á su grey. Por manera, que puede decirse con verdad, que no solo toda la Europa y sus confines, sino el África y Asia sintieron los efectos de su sábio gobierno y de su celo, aún ántes de saber su elevación al pontificado. ¿Qué reino, que provincia del mundo hasta allí conocido, podrá alegar no haber llegado á su país los rayos de la sabiduría de Gregorio? Sus reglamentos se extendieron con increíble velocidad del uno al otro polo. Dígalo España, y dénos testimonio de la presteza extraordinaria con que llegaron los rayos del Vaticano á disipar las tinieblas con que los priscilianistas y arrianos pretendían envolver la península. Dígalo el África, donde brevemente alcanzó la espada espiritual de Gregorio, que cortó la cabeza á la hidra de los donatistas, que á cada momento vomitaba nuevos insectos de iniquidad. Dígalo Dalmacia, donde apenas apareció el cisma, cuando el poderoso brazo de Gregorio apagó el incendio. Dígalo Constantinopla, donde con igual celo que por Ambrosio al gran Teodosio, reprendió al emperador Mauricio, que pretendía extender su cetro á lo eclesiástico. Dígalo, en fin, todo el mundo, á donde se veían con frecuencia sus decretos pontificios, para instrucción y consuelo de todos los miembros de la Iglesia católica. Los silbos de este pastor universal, traspasando el Nilo, se extendían por los inmensos arenales de Egipto, por los desiertos de la Etiopía, por los países de los abisinios, buscando los monjes y los eremitas que habitaban entre las fieras y las entrañas de la tierra.

¿Y se limitaba su penetrante voz á estos confines? Nada ménos. Su eco retrocedía; y traspasando el Eufrates, el Tigris, el Indo y el Ganges, resonaba con energía hasta las extremidades de la tierra, y aún sobre las aguas del Océano. El espíritu vigilante y solícito de Gregorio el Magno, á imitación del alma que anima todos los miembros del cuerpo humano, daba vigor á la inmensa mole de la Iglesia católica. Sus reglamentos se extendían á todas partes y sobre todas materias; y ni el dilatado espacio de más de once siglos, ni los cismas ni las mayores revoluciones han podido borrar su esplendor. El misal romano, la liturgia y las ceremonias eclesiásticas publicarán eternamente las sábias disposiciones de Gregorio el Magno. ¿Pero, quién es capaz de reducir á sumario las grandes ó ilustres acciones de este santo durante su pontificado? Mis ojos débiles se deslumbran con su resplendor. Mas no son sus virtudes, sus penitencias, su vigilancia pastoral, su celo y cristiana política en el manejo de los negocios más árdulos y en las circunstancias más difíciles que

le acreditaron gran santo y gran pontifice, lo que debe causarnos mayor admiración; sino que, á pesar de tener siempre su alma adherida á Dios y ocupada en asuntos tan graves de la Iglesia universal, cultivase las ciencias con el mayor suceso, haciendo en ellas tales progresos, que le acralitasen de gran sábio.

Ya os dije al principio, hermanos míos, que desde su juventud adelantó mucho en las letras divinas y humanas. Así lo manifestó mientras estuvo en el siglo con las dignidades de senador y de prefecto de Roma. Entónces dió muestras nada equivocadas de su admirable talento para la política, filosofía y elocuencia; y Roma vió revivir en la persona de Gregorio las cenizas de los Catones, Cicerones y Hortensios, olvidadas por más de seis siglos. Mas luego que dejó el mundo y sus vanidades, entregado á la virtud dentro del monasterio, aplicó su talento á las ciencias sagradas, é hizo en las santas Escrituras los mayores progresos, sin que los ayunos, vigiliias, disciplinas y oraciones, le impidiesen su continuo y tenaz estudio. No tardó mucho, ya por sus virtudes, ya por su sabiduría en ser admirado de los monjes, pareciéndoles que habían en él resucitado los Atanasios, los Crisóstomos, los Agustinos. Pero Gregorio, mientras más le ensalzaban, más se humillaba, como verdadero discípulo de Jesucristo, que ha prometido ensalzar á los humildes. Tanto resplandor de santidad y de sabiduría no podía estar oculto mucho tiempo. Bien pronto se extendió su luz á Roma y á toda Italia. Esto movió al pontifice, Pelagio II, para enviarle por legado á Constantinopla. Allí convenció al célebre Eutiquio, su patriarca, obligándole á detestar sus errores. Allí (á instancias de S. Leandro, arzobispo de Sevilla) empezó á escribir los libros de los *Morales*, que han sido y serán siempre la admiración de los siglos. Nada digo de su elevación al pontificado. ¿Qué de cartas, qué de homilias, qué de oraciones no dió á luz pública para instrucción del universo? Por una puerta del Vaticano salían millares de bulas, órdenes y decretos; y por otra, inmensos volúmenes llenos de sabiduría celestial, para instruir á los ignorantes, convertir á los pecadores y confundir á los herejes; y todo esto en medio del bullicio y tumulto de la córte romana. Vos ¡oh Dios mío! con admirable providencia pudisteis unir en Gregorio el Magno las perfecciones de los monjes más austeros, de los más vigilantes pontifices, y de los más sábios doctores.

Mas toda esta ciencia, todos estos talentos ¿de qué hubieran servido á Gregorio, si no hubiera poseído la ciencia de morir bien? Empero, si en todas sus acciones fué sábio este grande héroe de la religion, en la hora de su muerte parece que se excedió á sí mismo. Ya habia

muchos años que padecía una aguda enfermedad de estómago. Acometieronle al fin gravísimos dolores, que toleraba con la paciencia de Job y la conformidad de Tobias, gloriándose como el Apóstol en medio de sus tribulaciones, alabando al Señor de los ejércitos, y cantando salmos é himnos para darle gracias de que se dignaba purificarle en vida, como al oro en el crisol. Así caminaba imperturbable hácia el sepulcro; hasta que, completado el número de sus días, pudiendo decir con S. Pablo: he trabajado más que todos, y he consumado mi carrera; después de haber dejado á la Iglesia en un estado felicísimo; después de haber extirpado todos los errores con sus admirables escritos, y convertido á muchas almas con sus elocuentes oraciones; después de haberse preparado con muchas lágrimas para aquella última hora, y de haber, como otro Tobias, dado consejos saludables á sus hijos espirituales, dejando sus corazones penetrados de dolor; espiró en el Señor, mudó de vida, desapareció de la vista del mundo para reinar en el Cielo.

¡Silla de S. Pedro, qué pérdida acabas de tener! Paréceme ver á la Iglesia universal conmoviéndose de dolor, y á los templos vestirse de luto al publicarse la muerte de Gregorio. Paréceme oír en Roma y á las orillas del Tiber aquellas lúgubres voces que oyó el Jordán cuando murió el valiente Macabeo. ¿Cómo ha muerto este grande hombre que salvaba al pueblo de Israel? ¿Cómo ha faltado este admirable Santo, este vigilante pontífice, este doctor excelente? ¿Cómo nos habéis privado ¡oh Dios mío! de esta firmísima columna de la Iglesia, de este muro inexpugnable del alcázar de Sion? ¡Mas enjuga tus lágrimas, depón tu luto, Iglesia santa! Al contrario, vistete de gozo y de alegría, porque el alma de Gregorio, apenas quedó libre de las prisiones de este cuerpo mortal y corruptible, voló al Empireo á estar en la eterna felicidad y compañía de los ángeles, á quienes imitó en la pureza; de los serafines, á quienes siguió en el amor y caridad; de los patriarcas, á quienes imitó en la fé; de Moisés, á quien tomó por modelo para conducir el pueblo de Dios; de los profetas y eremitas, á quienes imitó en las penitencias: allí está viendo á Dios en dulce compañía de los Atanasios, Nazianzenos, Ambrosios, Crisóstomos y Agustinos, que le sirvieron de modelo, de imitación; allí, en fin, está rogando por todos los fieles cristianos, pidiendo al Señor que nos dé auxilios para alabar en vida y eternidad al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. *Amén.*

PANEGÍRICO

DE SAN GREGORIO NAZIANCENO, OBISPO Y DOCTOR.

*Attende tibi et doctrinæ.
Veta sobre ti mismo, y atiende á la ense-
ñanza de la doctrina.*

(I TIM. IV. 16.)

La santidad de los héroes del cristianismo ejerce en el seno de la santa Iglesia la más angusta, la más noble, la más delicada misión de parte de la inefable providencia de su divino fundador Jesucristo, nuestro Señor. Cada santo que aparece sobre la tierra, tiene, tal vez sin saberlo él mismo, ni advertirlo siquiera el mundo durante su vida, una misión providencial. No es un hombre aislado; no es solamente un justo, que se santifica á sí mismo observando exactísimamente las leyes del Señor; es algo más que esto; es mucho más que esto: es una lumbrera que arde, es una antorcha que brilla; es una lumbrera, que por el fuego divino de su caridad se purifica más y más como en un crisol; es una antorcha, que no solo se alumbrá á sí misma, sino que despidе sus claras luces á distancias inmensas al través de los espacios y de los tiempos.

Todavía más. Esta luz, que parte de antorcha tan pura; este fuego, que sale de llama tan acrisoladora, aumenta en intensidad á medida que gana en distancias; muy al revés de esta otra luz mezquina de los cuerpos, y de este material fuego que se pierde en las distancias. Há más de mil cuatrocientos años, que Gregorio Nazianceno ilustró á la Iglesia con su santidad y con su sabiduría. Cuanto más corren los siglos, mayor calor dá aquélla al corazón, mayor luz dá ésta al entendimiento. En un rincón de la Iglesia del Oriente moraba solitario, ocultándose á un mundo al cual detestaba, porque lo conocía enemigo de Jesucristo, y lazo peligrosísimo para las almas. A pesar de querer cubrirse esta antorcha con el velo de la soledad, sus resplandores han penetrado hasta nosotros, cada vez más puros, viniendo á los siglos, salvando las distancias. Los humildes valles de Arianzo

en Capadocia, no sabían el tesoro que encerraban; Dios los hizo cuna, asilo y sepulcro de un hombre ilustre, como os lo iré haciendo ver. S. Gregorio Nazianceno, modelo de santidad, de sabiduría y de constancia sacerdotal. Hé ahí, católicos, el objeto de este panegírico. Para el acierto, imploremos el auxilio celestial. A. M.

Era el siglo IV de la Iglesia; siglo de consuelos y de amarguras, siglo de paz exterior y de turbación interior, siglo de exaltación para la santa fé católica, y de traidora inoculación de la más hipócrita herejía; siglo de los más grandes hombres de la Iglesia, y de los más audaces enemigos de la verdad católica. Tributábase culto y adorábase al verdadero Dios, desde más allá de los confines orientales de la Persia, hasta pasadas las columnas de Hércules; desde la zona glacial, hasta pasadas las templadas zonas opuestas. El estandarte de la cruz se enarbolaba con santo entusiasmo en medio de los campamentos; este divino trofeo coronaba la frente de los emperadores, las cúspides de los más soberbios monumentos, las más angostas cabezas. Durante tres siglos, la santa Iglesia de Jesús era el blanco de las más atroces persecuciones; sus hijos eran llevados de cárcel en cárcel, de tribunal en tribunal, arrastrados por caminos, despoblados, por plazas, por calles. Á principios del cuarto siglo le fué dado respirar á la Santa Esposa del Cordero; pero este alio en el padecer no fué sinó un cobrar esfuerzo para el combatir. Otros enemigos la esperaban en lo oculto; y la guerra que le estaba preparando el géno del mal, no había de ser ni ménos encarnizada, ni ménos peligrosa. Un hombre de la Iglesia, infiel ministro del Señor, era el instrumento de que Satánás se valdría para destrozar el cuerpo de la Iglesia, para rasgar su sacra vestidura. Arrio el diácono, encendió en esta ilustre capital del Egipto la infernal hoguera de la herejía, que arrojó sus voraces llamas hasta las Galias mismas, después de haber recorrido el Oriente y la Italia.

Pero Dios, que vela por su Iglesia, ese Dios, que tan celoso se muestra por la integridad de su fé, por la pureza de su doctrina y de su moral, ¿dejará á su Iglesia sin defensa? No lo creais, católicos. Conviene que haya herejías, conviene que haya disensiones, conviene que haya ocasiones del mal, para que salgan de manifiesto los que de entre vosotros son hallados buenos, nos dice el apóstol san Pablo. Y con efecto, católicos; la tentación prueba al hombre, y lo dá á conocer en su justo valor. Esta prueba es necesaria en los séres libres, pues pudiendo escoger lo malo, dán á conocer su bondad intrínseca tomando y siguiendo lo bueno. Muy probada, pues, estuvo

la Iglesia en el cuarto siglo; y fueron tantas y tan intensas las tempestades furiosas que se levantaron del seno mismo de ella, que solo la mano del Todopoderoso pudo sacar á puerto de seguridad la barca de Pedro. Pero si numerosos, si fuertes, si tenaces fueron los enemigos de la Iglesia, más numerosos, más fuertes, más tenaces fueron los que Dios suscitó en su seno para defenderla. En un pequeño valle de la Capadocia había una antigua vivienda no léjos de Nazianzo: moraban en ella dos santos esposos, y obtuvieron como fruto de su bendición, y después de muchos ruegos y plegarias, al ilustre Gregorio, que tanta luz había de difundir en la Iglesia, que tanto la había de consolar, que tan valientemente la había de defender.

Nació el niño Gregorio hácia el año 328 de nuestra éra cristiana. Recibió una educación santísima en su misma casa en el valle de Aranzo. Nona, su madre santa, lo ofreció muy niño á la Iglesia, y desde sus primeros años lo alimentaba con el pasto suave de la doctrina sagrada; y así es, que el niño Gregorio, no viendo á su alrededor más que ejemplos de santidad, y no apacentándose sinó de cosas sagradas, era ya santo cuando los demás niños principian á conocer el mal. Su padre, llamado también Gregorio, varon tan docto como santo, cuyos cultos públicos celebra la santa Iglesia, le proporcionó todos los conocimientos de que era capaz la adolescencia del jóven Gregorio, que era muy floreciente en especial en humanidades. Cuando todavía era niño, y sobre la edad de diez años, tuvo una vision extraordinaria, que le inspiró de un modo sobrenatural y con la mayor viveza el amor á la santa virtud de la virginidad y á la de la templanza. Creyó el niño Gregorio ver en torno suyo dos hermosas doncellas, de un aspecto sumamente grave, cadoroso y afable: su aire noble, sus modales sobrehumanos llamaron su atención; y ambas á dos lo besaban y acariciaban como si fuera su hijo. Transportado de gozo les preguntó, ¿quiénes eran y de dónde venían? «Yo me llamo la Castidad, respondió la una; yo la Templanza, dijo la otra. Ambas asistimos de continuo delante del trono de Jesucristo en compañía de las tropas celestiales de vírgenes, en donde gustamos inefables delicias. Vén con nosotras, hijo mio; sé de los nuestros, y te elevaremos hasta la luminosa region de la Trinidad inmortal.»

Así que hubo aprendiolas primeras letras y los principios de humanidades, fué enviado á Cesarea de Palestina, ciudad ilustre en aquel tiempo, y adonde concurría la juventud del Oriente para seguir las escuelas, en donde se enseñaban todas las ciencias que entónces se conocían, y en especial la elocuencia. Antes de emprender su viaje á

Palestina, se detuvo en Cesares de Capadocia, en donde completó sus estudios de humanidades bajo los más ilustres profesores de aquel tiempo. En esta ciudad trabó amistad con el gran S. Basilio, amistad célebre en los fastos de la Iglesia, y aún de la humanidad, porque jamás se desmintió ni se enfrió en lo más mínimo. Concluidos sus estudios de humanidades pasó á la Palestina, en donde estudió la retórica en compañía de su ilustre amigo S. Basilio. Ambos jóvenes tenían las mismas inclinaciones; ambos seguían el estrecho camino de la perfeccion cristiana. En medio de una capital que ofrecia todos los atractivos del mal, nuestros dos jóvenes supieron conservarse puros. Ambos estaban dotados de ingenio superior; sin embargo, y fijos bien, católicos, en lo que voy á decirlos: los génius, los caracteres de ambos amigos eran muy diferentes, por no decir opuestos. Basilio era de un carácter abierto y tímido; Gregorio, al contrario, de un carácter cerrado y fuerte. Basilio era muy afable y gracioso; Gregorio era áspero y melancólico de génio. Pero ambos á dos estaban dotados de almas muy puras, de un corazon virgen de pecado, de una caridad cristiana, que sabe sufrir y acomodarse á los otros, de un santo menosprecio y abandono de sí mismo. Estas cualidades, pues, nacidas de su acrisolada virtud y piedad, hacia, que desapareciesen los defectos de la naturaleza. ¡Qué leccion, católicos, para condénar las amistades peligrosas, para fomentar, al contrario, las amistades fundadas en Dios y la caridad!

Desde la Palestina pasó á Alejandria, que visitó para instruirse, y continuar ciertos estudios en esa capital, que no estaban tan florecientes en Cesarea. En esto veis, amados mios en el Señor, que los santos, á quienes Dios llamaba á la carrera de las letras, no perdonaban ni gasto ni fatiga por adquirir la instruccion necesaria al servicio del Señor y de su Iglesia. Y con efecto; nuestro Santo, sabiendo que todavia le quedaba algo que aprender en Atenas, se embarca en Alejandria con su amigo Basilio, y ambos parten, despues de una corta mansion, para la célebre capital de la Grecia literaria. Los progresos que en Atenas hizo Gregorio en la elocuencia, filosofia y estudios sagrados, se dejan conocer claramente en la alta reputacion que adquirió, y en los monumentos que dejó á la posteridad. Y no creais, católicos, que el mérito de nuestro sábio doctor de la Iglesia haya consistido en su amor á la literatura y en su aplicacion á las ciencias; lo que forma su mayor elogio, y lo distingue de tantos otros sábios del mundo es, que hizo el fin, blanco y asunto de todas sus empresas el santo temor y amor de Dios, á quien se consagró con todas sus potencias y facultades.

Estando en Atenas nuestro Santo, conoció al famoso Juliano, sobriño del emperador, y que á su vez lo fué tambien: pasó con él algunos meses del año 355, pues que el jóven Juliano estudiaba como nuestros dos santos jóvenes la literatura sagrada y profana; pero ¡con qué miras tan diferentes! Apenas notó nuestro Gregorio la ligereza de conducta de Juliano, el vagar de sus ojos, sus risas inoportunas é intempestivas, y sus discursos precipitados, tuvo un presentimiento cierto de la malignidad que encubria aquel corazon pérfido. Aunque concentrado en sí mismo y retirado del comercio de los hombres, conoció al mundo con todas sus falacias, sus lazos traidores y sus encantos. Le tomó tal horror y lo menospreció tanto, que herido por otra parte del divino amor, se decidió resueltamente á vivir retirado de aquél. Volvióse á Nazianzo, y se consagró enteramente á Dios; pilló el santo bautismo, que en aquella época se diferenciaba mucho, que recibió de manos de su padre, obispo de Nazianzo. Al tiempo de irse, ya bautizado, á su amable soledad, dijo á su anciano y santo padre: «Yo he dado todo cuanto tenia á Aquel de quien todo lo he recibido; y le he hecho á Él mismo toda mi posesion. Le he consagrado todos mis bienes, mi gloria, mi salud, mi lengua, mis talentos. El fruto que de estos dones he recibido, es la dicha de despreciarlos por el amor de Jesucristo.» Dijo; y enterrándose en vida, y sepultándose en una soledad, y muriendo á la carne, se fué á su tierra de Aranzo, en donde su continua ocupacion era la oracion y meditacion, la lectura y la penitencia.

Engolfado vivia nuestro Santo en las delicias inefables que proporciona la contemplacion de las cosas divinas y el retiro del mundo bullicioso; consagrábase á los más duros ejercicios de la vida solitaria y penitente, y encontraba su soledad sumamente deleitosa. Creíase ya gozar de un Paraiso anticipado. Pero, cuando ménos se lo figuraba, hé aqui un suceso inesperado que le obliga á abandonar su amable soledad. Su padre, anciano de más de ochenta años, á la sazón obispo de Nazianzo, sorprendido por los arrianos, firmó una fórmula capciosa de fé, llamada en la historia eclesiástica: *El formulario de Rimini*, que en términos ambiguos contenia los errores del arrianismo. Esta condescendencia del anciano prelado escandalizó á su grey, y muchos monasterios de monjes se separaron de su comunión. Nuestro ilustre solitario, conociendo la incauta sencillez de su santo y anciano padre Gregorio, y los graves perjuicios que podian resultar en su diócesis, dejó inmediatamente la soledad, y voló al socorro espiritual de su padre y de su Iglesia. Poco le costó demostrar á su anciano padre el fraude de sus enemigos y su excesiva sencillez;

éste se retractó en debida forma, se purificó de las calumnias que contra él se levantaron, y volvió á recobrar todo el ascendente que sus virtudes y santidad le habian merecido. El santo obispo de Nazianzo, reconociendo en su hijo Gregorio cualidades muy superiores á las que él le suponía, le mandó, en virtud de santa obediencia, prepararse á recibir los órdenes sagrados, siendo por fin ordenado de presbítero el 6 de enero del año 372: poco despues fué ordenado obispo, y nombrado coadjutor de su padre S. Gregorio, obispo de Nazianzo. Aquí principia una nueva era, una nueva época para nuestro jóven y santo obispo coadjutor. Pero la divina Sabiduría no le negará sus luces, y el Espíritu del Señor no le escaseará sus sagrados dones. Y con efecto; desde que Gregorio recibió la imposición de manos para el santo sacerdocio, su corazón se sintió tan inflamado de celo por la conversion de las almas y por la reconciliacion de los disidentes, que muy en breve ya no se le conocia por otro nombre que el del Apóstol de Nazianzo. Esta gracia, este celo, se aumentaron más con el sagrado orden del obispado. Entónces se echó de ver su profundo saber, sus conocimientos vastísimos en todo género de literaturas, su acierto en las decisiones, la pureza y santidad de su doctrina, su elocuencia, que aterraba á los pecadores, confundía á los herejes y arrebatava á los fieles. En tan piadoso ejercicio y en tareas tan apostólicas se empleó durante la vida de su santo y anciano padre, y algunos años despues durante la vacante de la silla de Nazianzo.

Nuestro Gregorio, viendo que ya no era tan necesario, obtuvo que se le permitiera retirarse á la soledad del monasterio de Santa Tecla, en donde vivió desconocido y dedicado enteramente á la oracion y penitencia, como en su primera soledad. La conducta de nuestro Santo nos ofrece una leccion práctica de mucha importancia. Mientras no se le impide seguir sus propios instintos, abraza con fervor la vida solitaria, y el desierto es para él un Paraíso; pero, cuando la caridad de sus hermanos, cuando el bien de la Iglesia lo llama al ministerio eclesiástico, deja sin la menor réplica la soledad, se somete, y se resigna á entrar al sagrado ministerio, acatando en todo la voluntad de Dios. Lo vemos segunda vez encerrado en los solitarios claustros de un monasterio del desierto; la fama empero de sus relevantes prendas sacerdotales no le dejará mucho tiempo repararse en su querido albergue.

La elevacion del gran Teodosio al trono del imperio dejó respirar á los católicos, los cuales se esforzaron en proveer de remedio á sus necesidades. Informádos los prelados y el pueblo de Constantinopla de la aptitud extraordinaria y de la santidad de vida de nuestro san

Gregorio, lo fueron á solicitar con empeño, deseosos todos de que su sabiduría, elocuencia y piedad volviese su antiguo esplendor á aquella importantísima Iglesia. Mucho le costó á nuestro Gregorio el aceptar cargo tan delicado; pero creyendo ser así la voluntad de Dios, se resignó á admitir el ser obispo de la Iglesia de Constantinopla. Era á la sazón esta ciudad la córte del imperio romano: el lujo, la grandeza, el lustre, los honores, las dignidades, por una parte; y por otras, las riquezas, el orgullo y la sensualidad, hacían de esta capital la diócesis más difícil de apacentar y dirigir. Las herejías estaban en ella como de asiento; y era esta una plaga de tanto más difícil remedio, cuanto que el mal tenia echadas muy hondas raíces. Sin embargo, nuestro ilustre solitario emprende, confiado en el Señor, la más que difícil tarea de gobernar tan vasta como importante diócesis, y se dirige allá sin escolta, sin acompañamiento, á pié, ó todo lo más montado en una mala acémila.

Entró en Constantinopla sin otro aparato que su modestia y gravedad, sin más pompa que un vestido pobre, sin más ascendente que el de un extranjero solitario en la ciudad del bullicio y de las humanas grandezas, sin más armas para vencer á sus adversarios terribles que la paciencia y el saber. Entra, sin embargo, animoso nuestro Santo en la lid. Sabe muy bien, y prevé de antemano, que ha de ser el blanco de todos los enemigos de la Iglesia. Herejes, paganos, arrianos, macedonianos, eunomianos, apolinaristas, novacianos, todos le esperan para atacarle de frente; y como si esta cohorte no fuera de sí misma desgraciadamente demasiado numerosa, se le agregó la de los libertinos, cuyos vicios y costumbres depravadas debía reprender. Un infierno entero le está esperando para hacerle víctima de su furor; maquinase de todas partes contra nuestro Santo; honor, vida, autoridad, todo será el blanco de sus negros proyectos. Sigamos atentamente los pasos de nuestro obispo. Hospédase en una casa humilde; pide de prestado un local para celebrar los santos misterios; obtiégolo con mucha dificultad; todos los templos y basilicas estaban en poder de los malvados. Sufre de parte de éstos toda suerte de vejaciones; su paciencia, mansedumbre y serenidad no se desmienten un solo instante. Con todo; los modales atentos y apacibles de nuestro santo obispo ablandaron poco á poco los ánimos de los herejes; su profunda sabiduría, la admirable perspicacia y fuerza de su dialéctica, la elocuencia, precision y claridad con que lo explicaba todo, daba razon de todo, desataba todas las dificultades, exponía lo que habia de oscuro, interesaban en extremo, no sólo á las personas cultas y sábias, sino aún hasta á los más sencillos. Los herejes mis-

mós y los gentiles acudían en tropas á oírle; el local era ya demasiado estrecho para tan inmenso auditorio; las conversiones eran numerosas; desaparecieron como por encanto las prevenciones que había contra él; y al cabo de poco tiempo su renombre era brillantísimo, y todos ansiaban á porfia oírle y tratarle. En muy poco tiempo logró ver á Constantinopla, á la grande, á la orgullosa, á la opulenta Constantinopla enteramente cambiada. Tales prodigios sabe hacer Dios por medio de sus santos.

Cuando el Santo creyó que su presencia no era ya tan necesaria en aquella populosa ciudad, manifestó más de una vez sus vivos deseos de regresar á su amable soledad: padecía muchos achaques de salud que justificaban su demanda, aunque la causa más poderosa para él era su profunda humildad y su ardiente amor al retiro. Ofrecióse algunos años después una ocasión favorable, en que ciertos émulos, mal avenidos con su celo apostólico y su altísima reputación, quisieron suscitar dificultades sobre la validez de su instalación en la silla de Constantinopla, para lo que lograron la convocación de un concilio. El Santo creyó ser ésta una ocasión oportuna para reiterar sus pretensiones de retirarse del bullicio del mundo; y así es, que muy lejos de alegar nada á favor de su instalación, cuya legalidad era muy notoria, instó tan fuertemente porque se le admitiera el retirarse, que por fin lo logró. Abdicó, pues, su obispado; y lleno de gozo mezclado de santa tristeza, se despidió de su grey, á la que dejó afligida, pero que consoló algún tanto la elección de un nuevo y celoso pastor.

Sin perder momento, nuestro Gregorio, lleno de méritos, y llevando consigo las más tiernas simpatías de los constantinopolitanos, regresó á su tierra de Aranzo, en donde continuó, entre las más inefables delicias, su género de vida anterior. Allí compuso esas admirables poesías sagradas y eclesiásticas, esos escritos profundos, que le han colocado en el rango de los primeros doctores de la Iglesia universal, y que le han adquirido el sobrenombre de Teólogo. Tan santamente y con tanta utilidad de la Iglesia ocupado nuestro ilustre Gregorio, murió en el año de 394, á los ochenta años de su edad, y cuando comenzaba á gustar más de lleno las delicias del retiro.

Amados míos en el Señor, me propuse presentaros en el ilustre S. Gregorio, comunmente llamado Nazianceno, un modelo de santidad, un modelo de sabiduría, un modelo de constancia sacerdotal. Modelo de santidad, pues que fué santo desde su niñez, y que aún en medio de los peligros de un mundo corrompido supo contenerse puro é inocente. Modelo de sabiduría, pues que sus obras, que la

Iglesia guarda como uno de los más preciosos documentos de la doctrina católica y de la teología cristiana, le han merecido en toda la Iglesia universal el título de Doctor y de Teólogo por antonomasia. Modelo de constancia sacerdotal, porque venciendo obstáculos al parecer insuperables, y oponiéndose como muro de bronce á los asaltos de los herejes y perversos, supo mantener ileśas la integridad del sacerdocio católico y la dignidad del augustó orden del pontificado. Pudiera todavía añadir, que S. Gregorio Nazianceno fué un perfecto modelo de amistad cristiana por la estrecha que le unió tan santamente al gran S. Basilio.

Deber es del orador cristiano, no solo de encomiar las virtudes del héroe, objeto de los reverentes cultos de un pueblo piadoso, sino el de exhortar á los fieles y excitarlos á seguir las huellas santas que aquél nos ha dejado trazadas, y practicar las virtudes que formaron entónces su mayor mérito, y ahora su mayor corona. Inimitad, pues, al ilustre Gregorio en su heroica santidad. Escuchémosle como doctor y sábio, y venerémosle como un defensor zeloso del sacerdocio sagrado. Pidámosle nos alcance del trono de las misericordias la gracia de la santidad, la pureza de la doctrina, la sumisión entera y filial á los sacerdotes del Señor.

Y vos, héroe santo, que tanto pensais para que la Iglesia fuese honrada; que tanto sufristeis para santificaros; que tan divinamente ilustrado fuisteis para luz y consuelo de nuestra santa madre la Iglesia; que tan manso fuisteis con el pecador y tan fuerte contra el enemigo de la fé; alcanzados del Padre de las misericordias la gracia de ser santos, de ser sábios segun Dios, y de vivir y morir constantes en la observancia de nuestra divina religion, para que logremos despues la eterna bienaventuranza de la Gloria.

PANEGÍRICO
DE SAN GREGORIO TAUMATURGO.

*Eratis aliquando tenebræ; nunc autem
lux in Domino; ut fitti lucis ambulatis.*
En otro tiempo no erais sino tinieblas,
ahora sois luz en el Señor; y así proceded
como hijos de luz.

(I EPHES. v. 8.)

Como el mundo es ciego en sus resoluciones, vano en sus designios, temerario en sus juicios, y en todo caprichoso y deslumbrado, no califica por grande sino aquellas ridiculas apariencias y fantasmas que se ostentan con rasgos de esplendor, con visos de una pompa pasajera y de una magnificencia postiza. Riquezas, honras, ilustre sangre, nobleza y hermosura son los ídolos á quienes ofrece sus cultos, y los altares en donde quema y derrama sus incienso. Pero Dios, que es juez reclisimo y equitativo, que pesa los espiritus y el fondo de los corazones, no se paga de esos exteriores brillos, ni todas esas hojarasca son para inclinar ni ménos para rendir su corazon. Vello claro en los padres del antiguo y nuevo Testamento, en David, en Daniel, en Amós, en Pedro, en Pablo y en Mateo: llena el Espiritu Santo á un manebito tañedor de citara, y le hace salmista; llena á un muchacho abstimente, y le hace juez de los ancianos; llena á un pastor vaquero, y le hace profeta; llena á un pescador, y le hace principe de los apóstoles; llena á un perseguidor, y le hace doctor de las gentes; llena á un publicano, y le hace evangelista. De esta doctrina se vale S. Pablo para reconvenir á los de Efeso, y recordarnos la dignacion de nuestro Dios, en haberlos sacado misericordiosamente de las sombras de muerte, en que estaban sepultados por sus impiedades y desórdenes, al conocimiento de la verdad y del Evangelio. Vosotros erais en otro tiempo tinieblas y oscuridad en presencia de Dios vivo; pero ahora sois luz y resplandor en sus divinos ojos: no os digo más sino que camineis como hijos de la luz.

Éstas son las palabras del Apóstol en la Epístola á los Efesios, que yo aplico en este dia al Santo que veneramos. Fué tinieblas algun tiempo, es verdad; pero luego que el rayo luminoso de la gracia aclaró los ojos de su entendimiento, y penetró los senos oscuros de su alma, se vió transformado en hijo verdadero de la luz. Gregorio tuvo la desgracia de nacer en la noche de la impiedad y en la region del error; pero como Dios le habia destinado en sus eternos consejos para los fines más altos de su providencia, desde el punto que el Señor le llamó para ser suyo, oyó la voz de Dios que le llamaba, y rindió su cerviz al yugo de la ley del Crucificado, cuya imagen tuvo grabada indeleblemente en el centro de su alma. Ya os he dicho, hermanos míos, que hablo de Gregorio; de aquel Gregorio, cuyo nombre solo forma su elogio; de aquel Gregorio, que las naciones admiran, que los pueblos veneran, á quien se rinden los Padres, que los Concilios respetan, que la Iglesia propone como asombro de virtud, como prodigio de la gracia, como una de aquellas obras en que Dios se manifestó admirable. Hablo de aquel Gregorio, héroe famoso de los primeros siglos, una de las piedras fundamentales de la religion, columna inmóvil de la fé, maestro del mundo, un hombre de milagros, y que en su persona fué el más grande de todos los milagros. Hablo de aquel Gregorio, que apellida la Iglesia Taumaturgo por la grandeza de sus prodigios y por la heroicidad de sus acciones. Reduciré á pocas cláusulas el plan de su panegirico, y os le propondré como un obispo dignísimo, delegado en el ministerio pastoral por el Sumo sacerdote y Pontífice immaculado, Pastor amante de nuestras almas. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Aunque la gracia de Dios vence con su eficacia y poderío, cuantos embarazos parece que se oponen á la conversion y reformation del hombre; aunque su imperio y su dominio alcance hasta los extremos más fuera de proporcion y más distantes, tocando desde un fin á otro fin con fortaleza; sin embargo, como al mismo tiempo es suave en sus disposiciones, obra de ordinario en el sugeto proporcionalmente á las bellas cualidades que encuentra, y hasta las prendas naturales sirven admirablemente para los mismos fines de sus obras. Un entendimiento claro, despejado y brillante con facilidad recibe la luz de las verdades que se le manifiestan; y una voluntad dócil inclinada á amar lo bueno es más á propósito para amar el sumo Bien cuando llega á conocerle. Á Gregorio le habia dado el Señor un entendimiento claro y un espíritu ilustrado, penetrante y universal para

todo. No hay cosa tan sublime y elevada en las ciencias humanas á donde él no pudiese alcanzar, y á donde él no se elevase con la fuerza de su ingenio; ninguna tan oscura, que no penetrase con la vivacidad de su razon y de sus luces; ninguna tan enredada y confusa, que no desenredase y aclarase por un justo discernimiento; maestro y discípulo á un mismo tiempo, llegó á comprender por sola su meditación y por una simple lectura, lo más sutil que los filósofos habían imaginado y discurredo.

Fueron proporcionadas á su espíritu y comprension todas sus inclinaciones naturales; y sirvióle de fundamento para adquirir y poseer la ciencia un ingenio feliz y una índole dichosa; la exactitud en todas sus obligaciones, la equidad y rectitud en sus juicios, la fidelidad en sus amistades, su estimacion y aprecio á los hombres de bien; su piedad y compasion para con los infelices y miserables, su desinterés y su probidad en los oficios y funciones de la vida civil, hacian ver desde su juventud, que había tambien en él un fondo de justicia natural; y que si su espíritu y entendimiento parecian haberse criado y hecho para conocer la verdad, su corazon se había formado para seguirla. Todo este caudal y fondo de bondad logró su complemento por los medios que la eterna Sabiduría tenía determinados en sus inefables designios. Digo esto, hermanos, porque Gregorio, aún gentil y pagano como era, tuvo la dicha de tratar en Cesarea de Palestina á aquella lumbrera de la Iglesia, aquel espíritu elevado, aquel entendimiento vasto, al grande Orígenes, cuya doctrina y virtudes por aquel tiempo volaban por todos los ángulos del mundo en la boca de la fama; cayó dichosamente en sus redes y fué ganado para Jesucristo, siendo Orígenes el artífice perito que perfeccionó la obra del Taumaturgo, como lo fué Ambrosio en la de Agustín. ¡Oh Dios! ¡Qué amistad tan feliz la de Orígenes y Gregorio! ¡Qué alianza tan envidiable! ¡Cuánto no debió Gregorio á aquel maestro del cristianismo! ¡Cuántas riquezas no sacó de aquella mina de oro! Sin embargo, yo no sé á quién dar con más justa razon la enhorabuena, si á Gregorio por haber logrado tal maestro, ó á Orígenes por haber tenido tal discípulo.

Después de la separacion de Orígenes se vió precisado á partirse para Alejandria, en donde florecia el estudio de las ciencias. Yo le considero en esa ciudad como uno de aquellos raros fenómenos que aparecen de noche luminosos en la suprema región del aire, los cuales, enviando á la tierra una luz más encendida y más viva que los mismos astros, excitan con su novedad la admiracion, y arrebatan la vista de cuantos miran su belleza; así Gregorio, en aquel emporio

de las ciencias, brillaba con tantos resplandores entre los jóvenes que concurrían, que cuantos le miraban observaban un modelo perfectísimo de literatura y santidad. Era su vida tan ajustada y tan pura, que los demás estudiantes de su edad la consideraban como una táctica censura de la suya, ó como una munda, pero viva reprension de sus desordenadas costumbres. Pero ¡oh Dios! ¡y qué no tentará la envidia, cuando los aplausos y aclamaciones que se dán á algun sugeto de mérito, nos hacen creer que nuestras acciones se quedan ya sepultadas en la oscuridad y el olvido! Léjos, pues, de granjearse Gregorio el cariño, la estimacion y el amor de los otros jóvenes estudiosos, halló otros tantos fariseos, que, roídos interiormente de la fama de este discípulo de Jesucristo, no pudiendo sufrir en su compañía los rayos de este resplandeciente lucero, no buscaban sino cómo quitar de en medio á aquel varon justo, porque era contrario á sus obras, y, por otra parte, el ímán de todo el pueblo.

¿Y qué os figurais, hermanos, que ejecutaron con Gregorio sus condiscípulos? No intentan acabar con la vida del cuerpo; pero le quitan públicamente la vida del alma, que es la honra, crédito y reputacion, y esto en la parte más sensible y delicada. Oid el caso. Válense de una mujer prostituida, el escándalo de aquella ciudad, sobrado conocida por sus solturas y liviandades: instigánla, sobornánla, véncenla; y ella persuadida, instigada, sobornada y vencida, se llega á Gregorio, que á la sazón estaba conversando con sus amigos en una junta pública, y con un descarro propio de su estragado corazon le pide el precio de la torpeza que había cometido con ella. No se inmutó nuestro Gregorio; y sin perder un punto de su ordinaria gravedad, circunspeccion y compostura, dijo friamente á un amigo suyo, que diese á aquella mujer el dinero que pedia, y prosiguió con serenidad en la conversacion ó en la disputa que estaba pendiente. Triunfaban ya los envidiosos libertinos del buen suceso de su calumnia; pero apenas tomó en la mano el dinero aquella infame mujer, cuando se apoderó de ella el espíritu maligno, y agítándola con espantosas contorsiones, la hacia prorumpir en aullidos y en bramidos que atemorizaban á todos los presentes. Revolvia horriblemente los ojos, echaba espumarajos por la boca, arrancábase con furiosa rabia los cabellos feamente teñidos y desgredados, y revolcándose con rabia por el suelo confesaba á gritos su pecado. Vióse precisada á implorar la compasion del mismo Gregorio, á quien tanto había ofendido; y el Santo, aunque todavía catecúmeno, invocó sobre ella el nombre del Señor, y en el mismo punto quedó libre la posesa.

¡Raro portento! Si antes de entrar en la Iglesia por el bautismo

tenia tanto dominio sobre el enemigo de ella, ¿qué victorias no se podría prometer cuando hubiese recibido el escudo impenetrable de la fé en su espiritual regeneracion? Con efecto, fué bautizado en el año 237; y desde aquel mismo punto empezó Satanás á temerse de la ruina que amenazaba á su imperio dominante, por el valor é intrépidez de este nuevo y denodado jefe alistado bajo del estandarte de Jesucristo. Es verdad, que nuestro Santo no declaró la guerra á la descubierta, porque quiso, primeramente, pertrecharse de armas y municiones, y esto le obligó á retirarse á la soledad, vacar únicamente al Señor, nutrir su espíritu con el manjar fuerte de la oracion, del ayuno, de la mortificación y penitencia; llorar con amargura sus deslices y miserias pasadas, encender su pecho con el fuego del amor, y entender en su propio aprovechamiento ántes que en el de los otros, para que su caridad estuviese bien ordenada. No obstante, todos estos conatos duraron poco, porque sus virtudes ya heroicas en los principios, no pudieron ocultarse á los ojos perspicaces de Teditimo, obispo de Amaseo, uno de los prelados más dignos que ocuparon aquella silla. Entendió éste que Gregorio en el desierto era tesoro escondido, antorcha que luce bajo el celemin, y quiso colocarle sobre el candelero para que enriqueciese la Iglesia ó iluminase sus muros. Conságrale obispo de Neocesarea en presencia del pueblo, sin reparar en la fuga oculta y precipitada de Gregorio cuando rastreó y presintió el pensamiento de Teditimo. Hubo, por último, de cargar sobre sus hombros el pesado yugo del gobierno de aquel pueblo, porque no juzgó acertado resistirse tenazmente á una eleccion que venia de lo alto.

Dominaba en Neocesarea la religion del imperio, humeando los templos con el incienso que se ofrecia á los dioses de la gentilidad. El nombre de Jesucristo solo era conocido para ser menospreciado; y de toda la inmensa multitud de gente que habitaba aquella gran ciudad, solas diez y siete personas habian abrazado la fé cristiana. ¡Qué Babilonia! ¡Qué abusos, qué desórdenes, qué excesos no se dejaban ver en aquellos ídólatras! Á la ceguedad de la mente en materia de religion se seguita, como consecuencia, la depravacion del afecto en el desenfreno de las costumbres. Unos hombres sin Dios y sin ley; de qué delitos no eran capaces! Una voluntad sin rienda y sin sujecion; ¡á qué maldades no estaba expuesta! ¡Qué tinieblas y qué horrores no ocuparian aquella infeliz porcion del paganismo! Consolaos, pueblo escogido, consolaos, enjugad las lágrimas de vuestros ojos; salid á recibir al enviado de Dios para vuestro remedio: se ha dejado ver entre vosotros un profeta grande, y el Señor se ha dignado de

visitar amorosamente á su plebe. Con efecto, hermanos; al entrar Gregorio en Neocesarea conmuevense tumultuariamente sus vecinos, y todos ván á ver á aquel hacedor de maravillas, cuya fama habia corrido anticipadamente. Pasa por medio de una inmensa multitud de ídólatras sin mirar ni á uno solo, como si pasara por el más silencioso desierto. Admiralos más aquella modestia que los habia admirado la fama de sus milagros. Dánse mil enhorabuenas de tener en su compañía un verdadero israelita, en el que no habia dolo ni mentira, sinó una suma beneficencia y un ardiente celo por su salud y vida. Aquellos corazones estaban dispuestos para recibir con docilidad y con gusto la semilla de la palabra divina.

Los que habian sido hasta entónces leños secos en la casa del Señor, florecieron en pimpollos de virtudes y de méritos. El demonio bramaba como un toro herido con la punta de la lanza, al verse vencido ignominiosamente por un hombre flaco, pero poderoso por la gracia de quien le confortaba: nuestro Santo, lejos de acobardarse de sus astucias y fieros, nada temia en el nombre del Señor. Solo deseaba y suspiraba por ver establecido el culto del Dios de Israel, reparados los ultrajes hechos contra su soberania y majestad, destruidos los simulacros del demonio, abominadas las supersticiones del paganismo, afirmada la fé, introducida la religion, y trasformada totalmente en jardin de amenidad y delicias aquella tierra de espinas y de abrojos. Deseaba edificar casa de oracion al Allísimo, altar perpetuo, donde ardiese sin cesar la lámpara de la claridad de los fieles que habia ganado á Jesucristo; en suma, queria construir un magnifico templo, donde se invocase sin intermision el nombre del Dios de los ejércitos; pero al mismo tiempo proyectaba el que estuviese situado en el lugar más elevado de la ciudad para proporcionarlo á la concurrencia de sus vecinos: mas halló el estorbo de un gran monte, que ocupaba parte del plan que habia trazado.

Hagamos alto, hermanos míos, en este pasaje de la vida de Gregorio, y convoquemos á admirar el feliz éxito de esta árdua y dificil empresa á aquellos espíritus orgullosos, que llenos de una hinchazon y soberbia pagana, deslumbrados con sus propias luces, calumnian la sencillez y verdad del Evangelio, y tienen osadia para publicar que Jesucristo no es fiel en sus promesas, y que sus testimonios no son de peso. ¡Cuándo leemos, dicen, que los cristianos hayan obrado la maravilla que su Maestro les tiene prometida, de poder arrancar los montes con la fuerza de su fé y arrojarlos en la mar? ¡Ciegos! responde el venerable Beda, si en esto solamente se funda vuestra calunnia, abrid los ojos: sabed que jamás faltó nuestro Dios á sus

promesas, que es fidelísimo en sus palabras, y que ántes les faltará el Cielo y la tierra que aquéllas dejen de cumplirse. Leed el prodigio que obró Gregorio. Este santo prelado llegó de noche al lugar destinado para la edificación del santuario; y como lo viese embarazado á causa de un monte que ocupaba el terreno, vuelto con confianza al Señor, le dijo: «Dios mío, acordaos de vuestras promesas: yo sé que Vos podeis quitar de en medio cuanto estorbe á los designios de vuestro siervo; el paraje para erigir tabernáculo á vuestro nombre es este el más oportuno; la gran mole del peñasco lo dificulta; pero esta es la hora de dar á conocer al mundo, que Vos sois dueño absoluto de todas las criaturas, que todo se rinde á vuestro imperio, y no hay cosa que pueda resistir á vuestra voluntad.» Dijo, y á breve tiempo oyó con la alegría de su corazón, que el monte retiró sus hondas y pesadas raíces, y dejó desembarazada la llanura para la edificación del templo.

Este varon extraordinario es digno de compararse, según la expresión de S. Basilio, con los padres de la antigüedad por sus heroicas acciones. Dios le hizo casi señor y dueño del universo: los elementos para obedecerle rompen sus leyes y pierden sus más naturales cualidades; los astros detienen su curso y contienen sus malignas influencias; los vientos reprimen su fuerza fatal y se apaciguan; el mar quebranta sus espumosas olas y se calma; la tierra esfuerza las estaciones y llega á ser fértil en todo tiempo; el fuego aparta sus llamas y las amortigua; el cielo se abre ó se cierra, detiene ó envía sus lluvias según lo pide este Elias; al imperio de este nuevo Isaias desaparecen las enfermedades, los contagios y la muerte; toda la naturaleza pasmada, atenta y obediente reconoce en él el poder de su Criador y respeta su santidad y su mérito.

Y si quereis bajar á circunstancias más particulares, hallareis las mismas ó mayores maravillas. ¿No estaba Neocesarea hecha una sentina de vicios y un cenagal de desórdenes? ¿Quién la volvió en paraíso de delicias, en tierra de bendición y santidad? Gregorio. Los demonios ¿no estaban como en su trono, recibiendo adoraciones sacrilegas de aquella gente idólatra en entera posesion de sus almas y de sus cuerpos? ¿Quién les derribó los altares y los despojó de su dominio? Gregorio. ¿Quién detuvo la corriente impetuosa de un río, que causaba con sus avenidas lamentables estragos, y cada año ponía en consternación á los vecinos de aquella provincia? Gregorio. ¿Quién hizo florecer el mismo báculó, tronco seco que se puso por límite á las aguas, y en que se estrellaban sus furiosas ondas? Gregorio. ¿Quién secó aquel estanque de agua, que era causa de riñas, dis-

cordias y litigios entre dos hermanos sobre el derecho que alegaba cada uno? Gregorio. ¿Quién trabajó con más ardimiento por la causa de la religion en el concilio de Antioquia sobre la divinidad de Jesucristo contra Pablo de Samosata? Gregorio. ¿Qué pastor logró jamás ver solas diez y siete ovejas fuera de su rebaño por su incredulidad, siendo este corto número el mismo que halló de almas cristianas cuando entró en aquella ciudad populosa? Gregorio. En suma, él fué el varon poderoso en obras y en palabras, el querido de Dios y de los hombres, el consuelo de los afligidos, el amparo de los desdichados, el padre de los pobres, el ángel de la paz, el azote del error, el domador de los mónstruos, el extirpador de los abusos, el promovedor de la religion, el antagonista invencible contra el Infierno.

De Gregorio se puede decir con verdad, que en su vida hizo prodigios, porque fué toda ella un prodigio ó un milagro continuado, y que despues de su muerte obró maravillas y portentos. Vedlo claro. Lo mismo es esconder este lucero los rayos de sus luces al horizonte de este mundo, que cubrirse de luto los ciudadanos de Neocesarea; levantan el grito al Cielo, horan amargamente su ausencia; piden que no les abandone, que vuelva los ojos de su piedad hácia aquel rebaño que por tantos títulos era suyo; y este padre benéfico y generoso parece que no esperaba sino que le pidiesen para derramar profusamente sus bendiciones. El ciego acude á orar á su sepulcro y recobra la vista; el mudo le invoca en su corazón y se le suelta la lengua; el sordo oye luego que se encomienda á Gregorio; el tullido camina cuando promete visitar sus cenizas; el enfermo sana; la peste huye; el contagio se desvanece; la tempestad se disipa; la tierra se fecunda; el cielo se serena. En el órden de la gracia se obran iguales efectos: el pecador se convierte, el obstinado se ablanda, el santo se perfecciona, el tibio se enciende en fervor, el incrédulo se convence, el pagano se reduce, el hereje se reconcilia; á todos alcanza la intercesion de Gregorio, y este segundo apóstol es todo para todos.

¿Y qué! ¿podremos nosotros esperar semejantes favores, prometernos iguales beneficios? ¿Quién lo duda, hermanos? El es nuestro abogado; seámosle fieles, agradecidos y devotos: mas no se paga de meras palabras; nos pide, si, el corazón, y quiere únicamente nuestra reforma y nuestra salud. Si le obsequiamos por estos fines y con esta mira, le hallaremos propicio y favorable, nos llenará de bendiciones, nos mirará con piedad y con ternura como á hijos queridos y predilectos, nos alcanzará gracia para servir al Señor dignamente en este mundo, y perseverancia final para verle y gozarle en el otro.